— ¡Ya está ahí! exclamó Edelmira levantándose con celeridad y bajando inmediatamente al jardin.

— ¡Amor mio! exclamó Cárlos apénas distinguió el blanco ropaje de la niña.

— ¡Qué desgraciados somos, Cárlos mio! murmuró la jóven dejándose caer con desaliento en un banco de piedra.

— ¡Qué dices! ¡esa angustia, esa alteracion de tu acento, me revelan un nuevo dolor!...

— Sí, y muy grande. Mañana salgo de Madrid, acaso para no volver mas.

— ¿Y dónde fijarás tu residencia en adelante?

— Lo ignoro; quizá nos detengamos en nuestros estados de Italia, quizá sigamos viajando por el extranjero; á mi mamá no le gusta vivir mucho tiempo en un punto.

— Pues bien, amor mio, no sientas esa partida, porque yo te seguiré al fin del mundo.

— ¡Cárlos! ¿será posible?

— Y ciertísimo, donde vayas voy.

— ¡Ah! ¡si tal hicieras, qué no haria yo por ti!!...

— Solo quiero me jures tu amor y jurarte yo el mio delante de una imágen del Señor; pongamos en sus manos nuestros votos y considerándonos unidos ante Dios y ante los hombres, tendremos fuerza para sufrirlo todo, hasta que un sacerdote santifique ante la iglesia nuestra union.

— ¡Oh! sí; ven.

Comovida en alto grado la inocente niña, por lo que ella juzgaba abnegacion y entusiasta cariño en

su jóven amante, no vaciló ni un momento y le condujo á su oratorio, postrándose los dos en tierra y jurándose á los piés del altar un amor eterno.

— Somos esposos ante Dios, dijo Cárlos levantándose, y no hay ya en el mundo poder humano que desate el vínculo que nos une.

— ¡Oh! sí; ¡revestida con el sagrado título de tu esposa, tendré valor para sufrirlo todo! exclamó Edelmira con una voz trémula por la emocion y el placer.

— Adios, pues, hasta mañana; tengo que hacer mis preparativos y no puedo detenerme mas. No te opongas á las disposiciones de la princesa. Sigue tranquila el rumbo que te marquen.

— ¿Pero y tú?

— Yo seguiré el coche donde tú vayas, y me verás aparecer á tus ojos con diferentes trajes y disfraces.

— Entónces, adios.

Los amantes se despidieron con las mayores muestas de ternura.

CAPÍTULO VI.

EL ROBO.

—

Cárlos salió del palacio de Florini completamente resuelto á llevar á cabo una idea que hacia tiempo fermentaba en su imaginacion.

Embozándose en su ancha capa, se dirigió con paso acelerado á la calle de Segovia.

Eran cerca de las once de la noche, y ya la Colasa le aguardaba con la mas viva impaciencia.

Debemos decir, para la inteligencia de nuestros amables lectores, que la rumbosa prendera no se descuidó en poner en práctica el pensamiento que habia comunicado á su vecina le señora Gervasia. Por consecuencia, al siguiente dia, encerrándose con su protegido en una habitacion, le manifestó claramente y sin rodeos que, ó se casaba con ella, ó abandonaba para siempre aquella casa donde nada le detendria en adelante.

El jóven hacia tiempo esperaba aquella proposicion; no se sorprendió, ni aparentó admitirla ni rechazarla. Solo pidió á la prendera un término de ocho dias para resolverse.

Al obrar de este modo entró en cuentas consigó mismo y se dijo :

— Para llevar á debido término la aventura con mi bella Edelmira, necesito presentarme con el lujo que hoy me rodea, y me hace falta dinero, sin lo cual apareceré á sus ojos como un mendigo y todo se perderá. Engañemos á Colasa y entretenida con la idea de casarse conmigo, no tendrá reparo en facilitarme cuanto la pida.

Adelante, pues; con audacia y valor todo se consigue, y como yo tengo de sobra uno y otro, me prometo ser con el tiempo todo un príncipe de Florini.

Halagado por estas quimeras, dejó correr los dias

hasta el momento en que Edelmira le participó su repentina marcha. Ya no tuvo mas remedio que decidirse y adoptar una resolucion que conciliase todos los extremos. Como nuestro jóven por desgracia habia recibido una educacion tan descuidada, y por otra parte tenia instintos de familia que le hacian ambicioso y cruel, no reparaba en los medios de que se valdria para conseguir sus deseos.

Segun hemos dicho, cuando llegó á su casa, le esperaba la prendera que le salió al encuentro, lanzando sobre el aturdido mancebo toda clase de imprecaciones.

— Calmaos, querida mia; calmaos, la dijo con frialdad.

— ¡Habrá calavera! ¡todas las noches viniendo á estas horas! ¿pues qué, has llegado á imaginarte que lo he de sufrir mucho tiempo? te engañas.

— Hablaremos, señora, hablaremos; me habéis dejado ocho dias libres y los aprovecho.

— ¡Acaso en galanteos que redunden en perjuicio mio! gritó la prendera entrando en su habitacion y dejándose caer en una butaca.

Cárlos la siguió :

—¿Podemos hablar sin que nos oigan? dijo poniendo la capa y el sombrero sobre una silla.

— ¿Tienes algo que decirme?

— Quiero resolver nuestra pendiente cuestion ahora mismo, sin esperar al término que fijasteis.

— ¡Ah, me alegro! puedes hablar sin temor; al muchacho le he despedido esta tarde, y la fámula duerme en su cuarto.

— ¿Y no vendrá á escucharnos?

— ¿Qué ha de venir? ¡si ya no la despierta un cañonazo!

Cárlos se levantó, y cerrando la puerta de la estancia dijo:

— Al manifestarme vuestra idea de ser mi esposa, me dijisteis que nada debo esperar del mundo ni de mi madre que me abandonó al azar, y hubiera perecido sin el auxilio vuestro.

— Te he dicho la verdad.

— Bien, ahora solo deseo saber el nombre de mi madre.

— No me será fácil contestarte porque lo ignoro.

— Pero lo sabrá vuestra tia.

— Acaso nunca se lo pregunté; pero esto nada tiene que ver con nuestro casamiento.

— Es que tengo ambicion; quiero ser muy rico y deseo descubrir mi familia, que quizá tenga riquezas bastantes para satisfacer mi sed de oro, y en ese caso no me casaré con vos.

— ¿Y te parecen pocas las mias? por muy rica que sea, no será tanto como yo.

— Es que vos os formáis ilusiones; y yo no doy tanto valor á cuatro muebles viejos que adornan vuestra prendería.

— ¿Pues y mis alhajas y mis caudales? dijo la Colasa picada en su amor propio porque estaba muy ufana con sus tesoros.

— ¡Estarán en vuestra fantasía! dijo Cárlos con burla.

— ¿Sí, hé? Ven pues, y te convencerás por tus propios ojos.

La irritada mujer, en un arranque impremeditado, cogió una luz y seguida de Cárlos se dirigió al fondo de su dormitorio. En frente de la cama habia un armario, le abrió, y por medio de un resorte hizo girar un cajon secreto, que dejó ver su fondo lleno de oro, billetes de banco y magnífica pedrería.

De los brillantes ojos del mancebo brotó una chispa de codicia que se extinguió pronto, y luego apareciendo en sus pálidos labios une sonrisa glacial, preguntó:

— ¿Y es vuestro todo esto?

— Todo ménos este paquete de billetes, que importan diez mil duros y que los recibí como un préstamo hace tiempo, y tengo que devolverlos mañana á su dueño.

— Os confieso con franqueza que nunca creí en vuestras decantadas riquezas.

— Pues aquí tienes; ascienden á cuatro millones de reales adquiridos en veinte años que llevo en este comercio. Todas son tuyas; solo deseo tu amor y que seas para mí un marido fiel y cariñoso.

— Aunque no me halagara la posicion con que me brindáis, solo por gratitud debo serlo. Contad pues con mi mano, y en celebridad de este fausto suceso cenaremos en santa y hermosa paz.

— Corriente; voy á llamar á la muchacha.

— No; ¿para qué? exclamó Cárlos deteniéndola. Estamos mejor sin testigos y hablaremos de nuestra boda. ¿No tenéis por aquí nada fiambre?

— Sí, precisamente guardo en este armario jamon, algunas viandas y vinos. Voy por ello.

Cárlos prestó la mayor atencion al modo que tuvo la Colasa de cerrar el cajon donde guardaba el dinero, enterándose inmediatamente del secreto.

La infeliz mujer, sin adivinar el pensamiento que se agitaba en la sombría y ceñuda frente del mancebo, estuvo colocando en una mesa los manjares.

— ¿Qué vino es este? preguntó Cárlos asiendo una botella.

—El único que yo bebo, Jerez, dijo sencillamente la Colasa.

— Á mí no me gusta mucho, traedme si tenéis Champagne.

— Por casualidad hay una botella.

Miéntras la prendera entró á buscarla, Cárlos vertió en la del Jerez un líquido rojizo, que llevaba á prevencion en un frasquito de cristal; con la mayor calma le volvió á guardar y murmuró para sus adentros:

— Este líquido la hará dormir lo ménos veinticuatro horas; en este tiempo puedo yo escapar con sus riquezas en seguimiento de mi ilustre y bellísima Edelmira.

Tan diabólico pensamiento le salió á medida de su deseo.

Durante la cena, prodigó á la Colasa toda clase de galanterías; hablaron de su boda, de la felicidad que les aguardaba y de mil quiméricos proyectos.

Las libaciones se repitieron con frecuencia, y la botella de Jerez quedó casi apurada por la prendera.

— Qué sueño tengo, dijo esta cansada de reir y de contemplar á su gallardo amante.

— Yo tambien siento que esta necesidad imperiosa va invadiendo mis sentidos.

— Pues hasta mañana: yo no puedo resistir, voy á meterme en la cama.

Cárlos salió despidiéndose de la que se juzgaba su futura. Á la média hora volvió á entrar, la encontró tranquilamente acostada, y dormida con un sueño pesado y profundo.

La llamó repetidas veces; viendo que no contestaba, se decidió á buscar en sus bolsillos la llave del armario. Abrió el cajoncito secreto, y apoderándose de cuanto contenia, volvió á cerrar, y colocando la llave en su sitio, se dirigió á su habitacion trémulo de gozo.

Se acostó tranquilamente despues de haber dispuesto su viaje, y no despertó hasta que el sol iluminó por completo su aposento.

La criada estaba ocupada en la limpieza de la casa, cuando se presentó Cárlos embozado en su ancha capa.

— Me marcho, la dijo; la señora acaba de acostarse, no ha dormido en toda la noche, y me ha dicho que no la despiertes hasta que ella te llame. Yo me voy de caza con unos amigos, y no volveré hasta mañana por la noche, díselo así; ¿entiendes?

— Sí, señor; ¿pero y la tienda no se abre?

— Ábrela; y si vienen á comprar algo, vendes lo que sepas el precio, y lo que no, que vuelvan otro dia.

— Está bien, así lo haré.

— Adios.

— Vaya con Dios el señorito.

Cárlos, brillantes los ojos de alegría y apretando contra su pecho el cofrecito con las riquezas de la Colasa que habian pasado á su poder, se dirigió á un establecimiento de carruajes. Compró un buen coche de camino con cuatro hermosos caballos, y partió á escape á situarse en una callejuela frente al palacio de Florini.

Seria la una de la tarde, cuando salió Edelmira en su coche de camino; lo acompañaban el aya y Lisa.

Cárlos ordenó á su cochero fuese siguiendo aquel carruaje, y él, arrellanándose en los almohadones, murmuró:

— ¡Ya es mia!

CAPÍTULO VII.

LAS DOS HERMANAS.

—

Algunos dias despues de haber abandonado la hostería Rosa y Flor del Espino, hallábase esta última sola en su modesta buhardillita.

Eran las siete de la mañana.

Los primeros reflejos de un sol pálido y débil iluminaban el reducido aposento que se componia de una pieza. Su mueblaje, tan pobre y sencillo como

las que le usaban, consistia solamente en un catre de tijera con su colchon cubierto con una colcha de percal, dos sillas muy usadas, una mesita de pino, un anafre y los mas indispensables utensilios de cocina.

Cerca de la ventana, que caía á un patio grande, estaba sentada Flor del Espino, y se ocupaba en poner en órden un gran legajo de papeles.

Su expresivo y dulce rostro estaba mas pálido que de costumbre; sin embargo se notaba en él una expresion de plácida tranquilidad que nunca habia tenido.

Nada tenia de particular; habian salido por fin de una casa que odiaban con sus cinco sentidos, y aunque con privaciones, vivian solas y libres, sin el contínuo angustioso temor de caer en manos de los bandidos, de ser castigadas por la Corneja y de sufrir toda clase de humillaciones y desprecios.

— ¡Dios mio! murmuraba Flor del Espino contemplando tristemente sus manuscritos, si en España se apreciase la literatura, podríamos solo con esto tener un recurso honroso y seguro para nuestra subsistencia. Pero, ¡ah! ¡de qué me sirven esta multitud de poesías, de novelas y aun este drama que es mi trabajo favorito, si no llevan al pié un nombre que las autorice!... ¡Es tan pobre el de Flor del Espino!... Y para que una obra tenga buena acogida, ha de ser el autor muy conocido.

Y con todo, necesito probar; mandaré las poesías á algunos periódicos, las novelas á los editores y el drama le llevaré á una empresa teatral. Acaso reco-

geré solo desengaños, ¿pero qué importa? ¡He sufrido tantos en este mundo!...

En la fresca y sonrosada boca de la poética niña se dibujó una amarga sonrisa, la cual probaba suficientemente que los sufrimientos y el dolor eran habituales en aquella alma tan inocente como bella.

Continuó en silencio el arreglo de sus ensayos literarios; cuando hubo concluido se levantó; al propio tiempo oyó llamar con suavidad á la puerta.

— Rosa mia, ¿eres tú? exclamó al ver á su hermana, ¿pero qué traes? un arpa? ¡Oh! qué felicidad; ¿quién te ha inspirado idea tan peregrina?...

— ¡Quién si no tu amor! mi dulce hermana, dijo Rosa penetrando en el aposento y cerrando la puerta tras sí. Deseando distraerte y porque tengamos algun rato de solaz, la he comprado.

— ¿Qué has hecho? ¡si apénas tenemos dinero!...

— ¡Es verdad! mas no pude resistir la tentacion! la vi, me pidieron por ella tan barata, que sin vacilar empleé en su adquisicion casi todos los fondos que nos quedaban.

— ¿Y ahora no tendremos pan para el necesario sustento?

— En cambio adormeceremos el hambre con la música, exclamó Rosa alegremente. No te apures, hermana, que nunca desampara el Señor á quien le invoca con ardiente fe.

— Sin esa dulcísima y consoladora esperanza, ya hubiéramos sucumbido muchas veces al peso de nuestra desventura.

— En fin, dejemos correr el tiempo, y cúmplase el destino de cada cual segun la voluntad de Dios. Ahora vamos á cantar.

— ¿Y el almuerzo?

— Aquí traigo leche, bebámosla, así economizaremos carbon. ¡Es tan hermosa la libertad que disfrutamos, que hasta la necesidad y las privaciones me parecen encantadoras!

— ¡Ah! sí; siquiera no tenemos la pesadilla de aquel deber tan duro, tan repugnante; aquella obligacion de complacer á la Corneja y á sus insolentes amigos.

— Demos gracias á Dios, porque estamos libres de ella y de su infame establecimiento.

— Sí, hermana; demostraremos nuestra gratitud con un himno religioso. Dáme el arpa.

— Canta tú, yo te acompañaré.

Felices y satisfechas las hermosas jóvenes, estuvieron entregadas á las delicias de la música casi toda la mañana, sin acordarse de su triste posicion, ni del nebuloso porvenir que á su vista se ofrecia.

El eco sonoro de su voz dejábase sentir en toda la casa; todos los vecinos salieron á las ventanas del patio, atraidos y embelesados por aquella armonía encantadora.

En el cuarto principal, estaba escuchando con la mas profunda atencion un caballero anciano, de rostro pálido y macilento. En su hombro se apoyaba una jovencita. Ambos se miraban con asombro, señalando á la humilde ventana del piso cuarto, que á

su parecer era de donde salia el sublime y armonioso cántico que los tenia absortos.

— Padre mio, exclamó la jovencita, esas mujeres que así cantan, deben ser muy pobres.

— ¿Y en qué te fundas para juzgarlo?

— En que viven en una buhardilla.

— Y es verdad, es preciso saber quiénes son á todo trance, porque su método, su modo de cantar, revelan unas grandes artistas.

— ¡Escucha, escucha, papá! ahora canta un aria de la *Norma*.

Quedaron en silencio hasta que Flor del Espino cesó de cantar; entónces el anciano caballero exclamó en un arranque entusiasta :

— ¡Oh! divino! magnífico, sublime!

Sin poderse contener, salió inmediatamente á la escalera, y subió con celeridad hasta la buhardilla, seguido de su jóven hija, que comprendiendo su idea no le quiso abandonar.

En vano estuvieron escuchando á la puerta de las jóvenes largo rato. Estas habian dejado la música para ocuparse en concluir una labor que Rosa pidió á la portera.

— ¡Qué lástima! ya no cantan, murmuró la jovencita mirando á su padre con tristeza.

— ¿Vivirán aquí ó habrán venido de visita? si fuese lo primero, aun tendremos el placer de oirlas.

— ¿Quiéres que preguntemos al portero?

— No es mala idea, vamos.

Volvieron á bajar, y entrando en su habitacion hicieron que un criado le llamase.

— Señor, no estando mi marido, vengo yo á ver en qué podemos complaceros, dijo la portera entrando en una elegante sala donde el padre y la hija la aguardaban.

— Deseaba saber quiénes son dos jóvenes que hemos oido cantar en el piso cuarto.

— Son dos señoritas que hace pocos dias han venido á ocupar una buhardilla que estaba desalquilada.

— ¿Deben ser muy pobres?

— Muchísimo, señor; hoy me han pedido costura, y deben mantenerse con el trabajo de sus manos.

— ¡Infelices! ¿y con tan magnífica voz, vivir en la oscuridad?...

— ¿Quieres, papá, que las hagamos bajar? ellas nos contarán su situacion y las protegeremos.

— Acaso les cueste rubor presentarse á unas personas desconocidas; nosotros subiremos.

Yo se lo diré, si gustáis, añadió tímidamente la portera; son tan buenas, tan amables, que al momento cantarán, si esta señorita desea oirlas.

— Decidlas únicamente que las rogamos tengan la bondad de recibirnos, dijo el caballero.

— Y las dais esta tarjeta nuestra, añadió su hija entregándosela á la portera.

— Está bien; ahora mismo voy á subir.

Las dos hermanas se hallaban muy afanadas con la costura, cuando sintieron llamar á la puerta.

Rosa se levantó y fué á abrir.

— ¿Hola, señora Toribia, sois vos? ¿Venís acaso por la labor? pues no está concluida.

— Vengo á daros un recado de parte de un caballero que vive en el cuarto principal.

— ¡Á nosotras! ¡si á nadie conocemos en esta casa!... exclamó Rosa con asombro.

La portera entónces manifestó el recado que llevaba, entregándoles la tarjeta, y añadiendo que aquel caballerio era empresario de un teatro.

— Aquí no podemos recibir á nadie, Rosa, dijo Flor del Espino; decid á ese caballero y á su amable hija, que al momento tendremos el gusto de ponernos á sus órdenes.

Las jóvenes cumplieron su palabra; média hora despues se hallaban en un magnífico salon del cuarto principal.

El amable dueño de la casa las recibió con la mas finísima cortesanía, y tanto él como su bella hija quedaron admirados al contemplar la espléndida belleza y la encantadora gracia de las dos hermanas.

— Vuestro canto nos ha dejado absortos esta mañana y deseábamos saber dónde habéis aprendido.

— Nuestro maestro fué un noble y eminente profesor italiano, contestó Rosa. Vivíamos en Paris casi siempre solas, tristes y aisladas. Nos vió un dia; y como se encontrase tambien como nosotras, en la mas angustiosa soledad, se encargó de nuestra educacion. Nos hizo conocer la historia, la geografía, la literatura y la música. En mi hermana Lidia encontró, ademas de una inmensa aficcion por la poesía, las dotes mas admirables para el canto, y se propuso hacerla una gran artista.

Desde aquel dia nos dedicó con el mayor ardor á la música, nos enseñó á cantar, haciéndonos despues dedicar al contrapunto y la composicion.

Ocho años hemos permanecido á su lado, habiendo en este tiempo perfeccionado nuestra educacion de una manera admirable.

— Así he comprendido desde luego que no cantabais por aficion. Y me extraña mucho que con una disposicion semejante viváis pobres é ignoradas.

— La desgracia, señor, que se ha posado sobre nuestra frente...

— Yo me encargo de protegeros; ¿queréis cantar en el teatro?

— ¿La ópera italiana? desde luego, contestó Flor del Espino, pues nos son familiares y aun sabemos casi de memoria las inmortales composiciones de Rosini, Mayerbeer, Bellini, Donizeti, Verdi y Pergolesse.

— Quedáis, pues, admitidas; desde mañana cobraréis un suelto que os ponga al abrigo de la miseria, y elegid en tanto la ópera en que hayáis de hacer vuestra salida.

— Ántes queremos que en vuestra presencia nos juzguen algunos profesores eminentes.

— Convenidos; esta noche se reunirán en mi casa todas las notabilidades filarmónicas de la corte, y tendremos sumo placer en escucharos. En tanto, dignaos aceptar un aposento en esta casa, y abandonad vuestra modesta vivienda, porque las relevantes dotes que os adornan os aseguran desde luego una fortuna independiente y honrosa.

Las inocentes niñas, que tanto habian sufrido en el trascurso de su azarosa vida, lloraron de placer y de entusiasmo al vislumbrar ante sus ojos un porvenir tan halagüeño.

El empresario tambien se alegró infinito, creyendo haber hecho para su teatro una brillante adquisicion.

CAPITULO VIII

INCERTIDUMBRE.

—

Apénas empezaron los resplandores de la alborada á iluminar la tierra, cuando ya Rafael de Pináres se paseaba en su aposento con manifiesta agitacion.

Várias veces habia mandado á su ayuda de cámara á preguntar por el estado de la condesa, y como siempre le contestasen que seguía lo mismo, no pudo contener su impaciencia y se aventuró á ver á su mamá para que le informase mejor, y al propio tiempo con el objeto de hacerla presente el descubrimiento de la noche anterior, combinando entre los dos el medio mas seguro de coger al bandido y á su cómplice.

Completamente resuelto á llevar á cabo este pensamiento, salió dirigiéndose á la habitacion de Honorata.

Aurora le salió al encuentro.

— ¿Como está la condesa? preguntó Rafael.

— Bastante mal, contestó la doncella con suma frialdad.

Rafael que advirtió el tono seco con que le hablaban, supuso desde luego que á él le atribuían aquella desgracia; se quedó profundamente pensativo : despues de un rato volvió á preguntar :

— ¿Y mi mamá, se ha retirado á su habitacion?

— En este momento acaba de salir; aquí ha pasado toda la noche.

— Voy, pues, á buscarla; ¡mil gracias, Aurora, por vuestras noticias!... dijo Rafael con cierta amargura retirándose, no sin haber lanzado al dormitorío de Honorata una dolorosa mirada en la que se traslucia el inmenso pesar de su corazon.

Aurora le miró salir sin decirle una palabra, en seguida entró en la alcoba, y acercándose á la cama dijo en voz baja á su querida señorita :

— ¡Él mismo, señorita, él mismo ha venido á informarse de vuestra salud!...

— ¡Oh Dios mio! murmuró la enferma alzando los ojos al cielo.

— Su corazon no es tan ingrato como suponiais, continuó la doncella, se interesa mucho por vuestra salud, porque no contento con haber mandado infinitas veces á su ayuda de cámara, viene él mismo á informarse, y no ha podido ménos de manifestar su dolor con una mirada tristísima que me ha dado lástima.

— ¡Ingrato! no sabe el daño que me ha hecho!..... ¡ay! Aurora mia, sin su amor no quiero la vida.